“Otelo” en Antofagasta

Se ha presentado con indiscutido éxito artístico, en el Teatro de la Universidad de Antofagasta, la inmortal tragedia de William Shakespeare, “Otelo”, o “El Moro de Venecia”, en una feliz adaptación del escritor y poeta Andrés Sabella.

De la obra misma, sería ocioso divagar. El genio del gran dramaturgo inglés está por sobre toda consideración ecuménica, crítica, dramática y artística. Es que antes de la “belle époque” de comienzos del siglo hubo otra en el siglo XVI que viene del pesimismo del hombre. Fue esa época en la que Shakespeare, Calderón y Corneille pensaron en que el hombre es violento, pero grande, en una época en la que se cree con los moralistas clásicos que el hombre es a menudo desviado por las pasiones, pero de aquellas que pueden llamarse razonables, por estar inmersas en la naturaleza humana, susceptible de modificaciones para reconquistar la armonía.

El drama universal de los celos, convertido en una honda tragedia por el genio de Shakespeare, se ha vivido en todas las épocas de la existencia. Es más, geniales escritores como Marcel Proust, les dan a los celos un rol más importante que el amor, hasta el punto de concluir que el sentimiento amoroso no podría existir, sino se produjese el sentimiento de los celos.

El caso que nos ocupa, como es la presentación de “Otelo”, realizada bajo la égida del Departamento de Arte de la Universidad de Antofagasta y a cargo de la Compañía de Teatro de la misma corporación, ha sido un suceso extraordinario en la vida de nuestro teatro.

Porque fuerza es insistir que la representación hecha por nuestros actores y actrices, bajo la brillante dirección de Teresa Ramos, alcanza la cúspide de una culminación espléndida, tras el recorrido de toda la obra, en el deslizamiento de un equilibrio que, como una oleada secreta, parecía venir de la profundidad misma de lo interno de la pasión. Esta riqueza fue notable, porque surgía de la dirección de los actores y actrices de nuestro teatro universitario, todos cuantos fueron cogidos en una malla para prohibir los resplandores del arte escénico en la difícil interpretación de una obra de Shakespeare y, sobre todo en ésta, en la que se mantuvo no sólo el espíritu medular de la tragedia “Otelo” o “El Moro de Venecia”, sino además, se cuidó celosamente el lenguaje y la acción adaptados por Andrés Sabella.

Los artistas tuvieron entonces el regocijo de asumir sus respectivas responsabilidades y lo hicieron con los más finos y más recios pinceles, logrando el hechizo de la magia de una

dramaturgia creada por un genio.

Nacimiento y esplendor normaron las visiones que tuvimos en escena. Línea de sucesivas integraciones que, en cualquier instante, podían nacer y fructificar en poder de sus intérpretes. Fuego momentáneamente abismado, para convocar el espontáneo y merecido aplauso de la concurrencia. Todo ello fue la prueba concluyente de un éxito culminante y de la forma cómo asumieron sus roles los artistas en esta obra.

Empecemos por “Otelo”, o “El Moro de Venecia” a cargo de Félix Alcayaga, cuya fuerza expresiva fue la dominante — quizá si excesivamente expresiva—, pero no excluyente de la pasión que el actor debía encarnar como un fuego sagrado, en la penetración que a veces debe ser violenta, pero en todo caso ajustada a lo temperamental de la acción. Félix Alcayaga había demostrado sus cualidades histrionicas en las numerosas obras en las que ha actuado sobresalientemente. Pero, es sin duda, en esta pieza con la que el actor alcanza su máxima emotividad, en un marco multiplicador de sueños y de sobresaliente realidad.

Sigue en esta huella la delicada, sutil y a la vez recia interpretación que asume Teresa Ramos, en un papel al parecer simple, pero que es a la vez emotivo y dramático. Teresa Ramos tiene cualidades que nos parecen insuperables. Siempre es ella, la magnífica actriz. Desdémón, o la mujer de Otelo, en la acción y parlamento de Carmen Rojas actúa con cierta timidez, propia del papel que le corresponde, pero propia también de su juventud y de su corta experiencia teatral. Lució, sin embargo, un promisorio augurio.

Es Angel Lattus, en su papel de Yago el Alférez, el actor que destaca con sobresaliente calidad. Tiene Lattus una feliz trayectoria en nuestras tablas. Su labor es aquí relevante, meritoria, como estuvo Omar Awad, en Rodrigo, Caballero Veneciano, siempre actual y excelente como actor. Del mismo modo destacaron Oscar Vigouroux y José Santander, y el artista invitado George Vargas, quien interpretó un Casio inobjetable. Y fueron del mismo modo aplaudidos Roger Aguirre en su ágil papel de bufón, Rossana Cancino, Carlos Núñez y todo el cuerpo damas, actores invitados y alumnos, soldados, músicos y caballeros, añadieron brillo, la sobriedad y las excelencias que nos mostró la obra.

Un magnífico diseño de René Espíndola, de vestuario de Elba González, de música de Héctor Paz complementaron el éxito que alcanzó la presentación de esta tragedia de Shakespeare, constituyendo un suceso artístico de notable calidad.

Alfredo Aranda

al Mercurio, Antofagasta, 23-VI-1981 p. 3

Otelo" en Antofagasta [artículo] Alfredo Aranda.

Libros y documentos

AUTORÍA

Aranda, Alfredo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Otelo" en Antofagasta [artículo] Alfredo Aranda.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile